

“La caja”

Sorpresa

Autor	Santiago Quintanilla Zavala
Categoría	A
Modalidad	Cuento
Año de estudios	Segundo

La caja

Un día por la mañana, me levanté porque alguien tocaba el timbre insistentemente justo cuando mi marido ya había salido a trabajar. Fui a abrir y encontré a un señor que no conocía y que me ofrecía una pequeña caja de madera con un botón de color negro, como el de un control remoto. El sujeto, bastante alto y con un traje oscuro, me aseguró que al momento de apretar ese botón obtendría un millón de dólares. Creí que podría ser una broma o una especie de trampa. Por eso no se la acepté al comienzo, pero él insistió tanto, que me quedé con la caja. Sin embargo, no presioné el botón y la dejé sobre la mesa de la sala.

Tenía muchas dudas acerca de la pequeña caja. Les conté a mis amigas y todas ellas se burlaron de mí, me creían loca. Mi esposo y yo nos pasábamos casi el día entero pensando en qué podría contener. ¿Sería una especie de explosivo, una bomba biológica o algo por el estilo? ¿O quizás una broma televisiva, algo así como una cámara oculta? Yo, que soy amiguera y de genio ligero, pensé que a lo mejor una antigua compañera de clase me había mandado un *jack in the box* y que al abrirla, la caja descubriría un payasito de papel plegado. Sí, eso podría ser: como en el colegio, cuando la *sister* nos premiaba por las buenas notas en *spelling*. Mi esposo no lo creía así y, desconfiado, revisaba la caja constantemente para descubrir qué podría ser aquello, pero al hacerlo solo veía una caja completamente vacía, excepto por el botón ... lo único peculiar en ella.

Él no tiene mucha paciencia y el asunto lo puso quisquilloso: seguro que era otra absurda forma de propaganda del nuevo supermercado. Exactamente, sería una de esas cajas chinas en las cuales, tras desechar uno y otro y otro papel de gasa, hallaríamos un caramelo de color brillante y sabor plástico a uva borgoña o toronja semitropical. ¡Lo que no haría esa gente por vender! Decidió dejarla cerrada.

Pasó mucho tiempo. No podíamos parar de pensar en aquella pequeña caja de madera y de preguntarnos qué es lo que hacía aquel botón. Nuestros amigos y vecinos nos tomaban el pelo. Decían que estábamos imaginando cosas y que de seguro no tenía mayor importancia, que lo que ocurría era que alguien nos

estaba jugando una broma pesada y nos la estábamos tomando demasiado en serio. Empezamos a sentirnos incómodos, nadie nos apoyaba y no entendíamos cómo alguien podría aparecer de repente en tu casa y ofrecerte un millón de dólares por apretar un simple botón.

Después de mucho torturarnos en torno a la famosa caja, estábamos hartos y ya no aguantábamos más. No podíamos soportar mucho tiempo más así y empezamos a pensar en cómo zanjar definitivamente el tema. Quizás simplemente tirar la caja, pero ¿y qué sucedería si en verdad pudiéramos ganar el dinero? No queríamos que si fuera verdad pudiéramos perder la oportunidad de salir para siempre de la mediocridad. Pero también teníamos miedo de que fuese alguna trampa. ¿Y si escondía alguna bomba y nosotros la activábamos?

Fueron días verdaderamente difíciles en los que no pudimos descansar por culpa de los pensamientos que nos torturaban la mente. Empezamos a sufrir de insomnio. Si lográbamos dormir, teníamos pesadillas espantosas sobre lo que pudiera pasar.

Una noche, mi marido se vio a sí mismo al borde del hartazgo. Bajó a la cocina para tomarse un vaso con agua y cuando se lo bebió todo, volteó y advirtió que la cajita seguía allí, siempre presente. Harto de la situación, pues él ya no quería vivir con esa duda que tanto lo perturbaba, la tomó y decidió que si algo debía pasar, prefería que sucediera de una vez. La abrió y apretó el botón. ¡Nada sucedió!

A la mañana siguiente, volvieron a tocar el timbre insistentemente muy temprano por la mañana. Esta vez fue mi esposo quien se encontraba en casa y acudió a atender la puerta. Se encontró con el mismo señor que yo, el sujeto alto y con traje oscuro, pero ahora sostenía una maleta en vez de la caja. Le dijo que en ella se encontraba el dinero, pero que antes de entregarle la maleta, quería que le devolvieran su caja.

Mi marido la buscó para entregársela. Cuando el hombre tuvo la caja de vuelta en sus manos, le entregó a cambio la maleta con el dinero. Al abrirla, él notó que efectivamente había una enorme cantidad de billetes ahí dentro. Se sentía

aliviado de haber solucionado ya tan grande incógnita, pero antes de marcharse el extraño le comentó:

–¡Has apretado ese botón por tu codicia! Aunque, antes que tú también ha habido varios que lo han hecho, y después habrá muchos más... En el momento en que lo hiciste, mataste al último que lo presionó antes que tú. El siguiente que lo presione te matará a ti a su vez. Puedes disfrutar de ese dinero durante años, meses, o quizás sólo te dure un día o ... nada más que una hora.